

Caminos cruzados

Nathalie Méndez Obando y Alejandro Galindo Rojas

Desde que se apagaron las luces del salón que inicia su jornada de clase a las once del día Jueves, no ha dejado de estar inquieta. Sujeta las correas de su estropeada maleta, las enrolla y vuelve a desenrollar, cambia la posición de su cuerpo, buscando el ángulo perfecto que le permita prestar atención y captar el cien por ciento de las explicaciones que dicta la profesora.

Algo ocurre, algo cambia cuando contesta a una de sus compañeras que se encuentra sentada a su costado izquierdo, alguna pregunta fuera de contexto de lo que habla la profesora y empieza a sonreír. Quizás algo relacionado con los próximos planes que se ejecutarán una vez se haya acabado la clase, o algún otro plan que empieza a forjarse desde ese momento para ser completado durante el fin de semana.

Del otro lado, un compañero hala un mechón de su pelo en modo de juego, sin lastimarla, tratando de llamar su atención. Quizás busca entablar una conversación, la más irrelevante de todas, y entonces, pareciera que ya no estuviera nerviosa. Como si la compañía que la compacta en la mitad de un jalón de pelo y una conversación amena flanquearan sus inquietudes. Ahora siente confianza. Deja de sujetar las correas de su maleta, que reposan

desdobladas sobre el escritorio, se deja ir y se concentra en lo que se proyecta en la pantalla del salón...

Aun cuando se siente más confiada de sí misma, no ha dejado de pensar qué podría escribir para su tarea de Humanidades. Empieza una búsqueda interna por ese "algo" que los escritores con experiencia encuentran en los mínimos detalles de su cotidianidad, y que es relativamente simple. Ahora lo ve, tiene claro qué podría imprimirle en letras ordenadas y con sentido al papel, pero no tiene idea de cómo podrá transmitir todo aquello que muchos otros en pocas palabras logran generar en sus lectores.

Por ahora, deja las tribulaciones de su mente a un lado; la distancia que existe entre la fecha de entrega del trabajo y el día que vive actualmente es relativamente larga, ese solo hecho brinda de cierto modo algo de sosiego a su mente y se dispone a presenciar la clase de Inglés. En un nuevo claustro conversa con los compañeros; se arriesga a brindar una respuesta a alguna de las preguntas que la profesora formula, no deja de sonreírle a la vida, a sí misma, de cierto modo mostrándose divertida y jovial con la compañía de quienes la rodean.

Cuando tiene dudas sobre qué palabras emplear para generar un párrafo, acude a la esquina derecha del salón; allí, en un escritorio, se encuentra un invitado que no pertenece propiamente a su clase de Inglés. Está trasladando notas de otras materias a un formato más ordenado; es el mismo compañero que horas antes atrás haló su mechón de pelo, quien acepta ayudarla en su labor.

Ya pasada la clase, se dispone junto con sus compañeras a ir a almorzar. Disfruta de una buena conversación, sigue pensando en todo el trabajo que le espera al llegar a casa y de lo tedioso que resultará viajar una vez más en el transporte público, atiborrado de

gente que, asumiendo que los últimos también pueden caber al final en un mismo bus, empujan a la multitud que se apeñusca cerca de las puertas de la estación, llegando inclusive a lastimar a muchas personas...

Pero ella es hábil y rápida; una vez está dispuesta a enfrentarse al ajetreo público que con mucha resignación debe vivir a diario para poder llegar a la universidad y luego de regreso a casa, no vacila ni un instante en tomar la delantera y asegurar dos puestos, uno para ella y otro para el mismo compañero que jaló su mechón de pelo, el que le ayudó en el salón de inglés. En el transcurso del recorrido no deja de mostrar su sonrisa, la alegría que transmite por el solo hecho de estar viva, un poco agotada, un poco dubitativa frente al futuro de sus planes, pero haciendo a un lado todo para pasar un buen momento.

Veinte minutos después, su compañero de viaje llega a la estación de bajada; ella, como siempre, se despide con una sonrisa, él se baja, ella continúa su viaje de regreso a casa, muy seguramente, y a pesar de la lentitud que maneja el transporte público por sus tan concurridas paradas, viendo cómo las imágenes que se reflejan en la ventana pasan de manera acelerada, dándole de cierto modo continuidad a los pensamientos y a las tribulaciones, pero muy seguramente, sin dejar de sonreír...

No hay clase hasta las siete de la mañana los viernes; en general, la hora para levantarse y llegar a tiempo este día es las cinco y veinte. Pero los viernes siempre hace frío, ese frío que termina siendo el precursor de una serie de eventos desafortunados, ese frío que lo obliga a acurrucarse más entre las cobijas, a hundirse entre su almohada, que lo ata de alma y razón a la idea de dormir por diez minutos más, lo tienta, doblega su espíritu, reduce su

voluntad; y ese espíritu y esa voluntad son consecuentes con esa "manzana de la discordia" que representa el dormir unos minutos más.

Optan por doblarse: le corresponden.

El frío es un monstruo gélido, es nefasto con sus intenciones, es cauteloso a la hora de soplar su invernal compañía, es calculador al haber observado que su nueva adquisición había trasnochado hasta casi tres de la mañana, que la diferencia entre la hora de acostarse a dormir y la de despertar es tan solo de dos horas y veinte minutos, que ese espíritu está debilitado, agotado de tanto trabajar, y que encuentra en el frío por fin, una gota de sosiego, a fin de cuentas, sosiego vetusto que se ha propuesto a generar un letargo perpetuo en aquel espíritu humano. Pero se despierta. La clase de las siete es la que representa mayor desafío este semestre; en otras ocasiones ya ha sido cómplice del frío y ha dejado de llegar a tiempo. Casi siempre esos diez minutos de sueño extra son cobrados con intereses una vez se baja del transporte público y corre a deslizar por las bandas magnéticas su carnet estudiantil, para poder llegar al cuarto piso del único edificio con ascensor de toda la universidad, solo para darse cuenta que no lo logró...en esta ocasión, y que iba a repetir la historia.

Aún así, no deja de apurarse, de hacer todo lo que se encuentra a su alcance para alistarse y correr a la estación más cercana, abordar uno de esos demorados buses del transporte público, hacer cuentas en la cabeza para asegurarse una posible victoria aún con todo en su contra, algo como "si se demora dos minutos de estación a estación, posiblemente pueda llegar faltando cinco minutos, pero debo contar con los semáforos, que toman casi dos minutos más del tiempo de viaje, eso me deja casi tres minutos para llegar a tiempo". Se engaña a sí mismo, se cree la mentira de

un evento extraordinario, "que el profesor no haya llegado", "que hoy se suspenda la clase", "que reconozcan que no soy un mal estudiante, que soy aplicado y que me dejen entrar". Ninguna ocurre.

Pero ¿Qué son diez minutos? En diez minutos la clase no ha llegado a un punto inentendible, muy seguramente apenas se han dicho dos o tres cosas iniciales frente al nuevo tema, quizás ni a eso hayan llegado aún. Según lo que le tratan de inculcar en la carrera "diez minutos pueden llegar a ser los últimos minutos de la vida de un paciente, o es el tiempo que el paciente tiene y que debe ser respetado para continuar con sus otras labores cotidianas, o el tiempo entre una y otra consulta médica (cosa que tiene todo de absurda)", y en cierto modo, los profesores tienen razón en casi todo, excepto en una cosa: él aún no es médico.

Aunque muchas veces no ha estado de acuerdo con las reglas del juego que ha implementado la universidad, se resigna. Asume que decidió jugar con esas reglas por un ideal, por unas ganas de aprender, por deseos de ser parte de algo hermoso y magnífico; bajo este criterio las respeta, aun cuando no las comparte, trata en lo posible de no fracturarlas, de llevarlas con rigor hasta donde su voluntad y el sueño de las traspasadas se lo permiten...

Y con esa misma resignación, se dirige a la biblioteca. Saca un libro de genética y guarda su maleta en alguno de los lockers disponibles. Se dispone a leer mientras las interminables dos horas de clase que viven sus compañeros llegan a extinguirse por otro viernes más y piensa ¿qué otra cosa diferente les dirá a sus compañeros cuando le pregunten por qué no asistió a clase? Total, siempre dice lo mismo: "Llegué diez minutos tarde". Y una historia que se repite y vuelve a repetirse se torna en cierto punto muy aburrida.

En dos horas, cuando hayan salido, va a reunirse con ellos. Podrá presentar junto a algunas compañeras de grupo el trabajo que era para el miércoles pero que fue trasladado para el viernes, va a volver a ser la persona menos seria a la hora de hablar con sus compañeros de todo lo demás que no sea estudio o trabajo, pero volverá a ser el más serio cuando los estudios se reinicien. Y si la oportunidad se lo permite, quizás, entre uno y otro momento, volverá a jalarle algún mechón de pelo a la misma compañera con quien compartió un asiento en el transporte público, solo para llamar su atención y dispersar nuevamente el ambiente de tanta tensión académica.

Se levanta temprano el sábado y todas sus intenciones se encuentran en hallarse al final del día en un solo lugar: sentada en su escritorio, estudiando para los parciales que se acercan, para la clase del lunes, terminando trabajos para no sentir la presión de la última hora; aun así, su disposición la lleva a realizar tareas domésticas, a limpiar las camas de sus dos perros, a alimentarlos e inclusive, a bañarlos; tanto empeño pone en cumplir a cabalidad con su apretada agenda que, luego de todas estas tareas, aún no ha desayunado y en medio de todo, olvida su ritual de iniciación del día: encomendarse a Dios.

Pasa tiempo junto a su papá, hablan sobre sueños que tuvieron la noche anterior, ríe, como siempre. Es gentil cuando oye su teléfono sonar y empieza a hablar con su mamá. Ella le propone continuar con la tarea de las vacunas que requieren los estudiantes de medicina como requisito para semestres avanzados y que debió haber sido entregada al principio del semestre. Ella afirma su interés en concluir dicha tarea este mismo día, pero es tanta su prisa por cumplir todos sus propósitos del día que hasta se olvida de saludar a su mamá cuando por fin la ve después de dos semanas. Al final, camino al recinto donde iba a recibir la dosis requerida de

vacunación, piensa en la falta que le hizo invocar a Dios y sus bendiciones para ese nuevo día que vive. Atribuye a ello la falta de tacto que ha tenido cuando lo único que maneja su día es la necesidad de concluir sus labores de universidad...

Para él, las ocho de la mañana resultan ideales para despertar: con toda tranquilidad, prepara su desayuno. Se informa un poco de las noticias por el periódico que el novio de su mamá deja cada mañana sobre la mesa. Lava los platos, se dirige a su cuarto, cierra la puerta y se conecta con un libro que ha ojeado desde hace varias semanas pero que no ha concluido por falta tiempo; otros dirían por falta de organización del mismo.

Cuando se agota de leer, toma su baño diario, ve un poco de televisión con su hermana y se dispone a volver a leer: esta vez va a ojear los capítulos de Historia de la Medicina que debe tener estudiados para el lunes, pues hay parcial. Se asoma a la ventana, algo espera. Ve cómo lentamente los rayos del sol empiezan a esconderse; todavía hay luz pero poco a poco empieza a opacarse el pico de la montaña, que se alcanza a divisar desde su casa y que en ese preciso momento observa. Suena su teléfono, contesta, es su papá; después de algunas risas y cuentos, la despedida se hace inminente. Siempre es duro despedirse de su papá, piensa en lo que fue tenerlo en la casa, y lo que significa después de tantos años no vivir con él. Se desvanece, pero permanece de pie, firme. Termina por cerrar la persiana, se dirige al rincón izquierdo de su cuarto, "desenvaina" sus viejos instrumentos, y se turna canciones entre ellos mientras la noche se aproxima al pico de la montaña y engeuece por otro día las intenciones del sol de querer perpetuar en el cielo...